

LA MEMORIA DE LAS TRUCHAS

El camino es de arcilla blanquecina. Yo voy con mi caña de bambú en una mano y en la otra llevo una gaja de retama de la que cuelga el racimo de mis capturas. Estoy ya de regreso a casa después de pasar unas horas en el río. Llevo todavía en el bolsillo la caja de cartón que en su día albergó fósforos y en la que ahora van encerrados unos cuantos saltamontes verdes, de esos que tanto gustan a las voraces truchas los días de verano como este, cuando el sol achicharra los campos y no se mueve ni una hoja en los árboles de la ribera. Saco la caja y vacío su contenido en uno de los macizos de fresca hierba verde que bordean el camino. Durante un rato contemplo el comportamiento de los pobres insectos al ser liberados. Lo que observo es una escena de pánico, de estupefacción general, a la que de inmediato sigue una desbandada en desorden. Cada uno se marcha por su lado dando mareados e imprecisos saltos. Un par de ellos, sin embargo, se han quedado demasiado aturdidos como para dar saltos y huyen lentamente del lugar usando sus patas más cortas. Me pregunto cuánto tiempo les quedará de

vida. Luego, vuelvo a guardar la caja vacía en el bolsillo. “Para otra ocasión”, me digo. Continúo mi camino de regreso pensando en las tías, que ya se hallarán con el zafarrancho del baño la una y con el de la cena la otra. Pienso en ello mientras continúo caminando y dando ociosas patadas a las piedras que encuentro a buen tiro de mis pasos. De repente, sin saber bien por qué, me detengo. Miro al suelo, a mis botas de goma verde, en cuyo interior se cuecen mis pies, y luego elevo mis ojos al cielo, donde nada se mueve y donde la vista nada alcanza más que el infinito color azul. Bueno, la vista alcanza también la luna en su menguante cuarto, aunque no entiendo por qué llaman cuarto a la mitad entera de la luna. Esa mitad es de un color blanco muy tenue, como un velo de seda, y la otra es azul como el cielo, por lo que también pienso que el cielo ya es cielo antes de alcanzar la luna. Vuelvo a bajar la vista y miro hacia adelante, en dirección al camino, que parece como si estuviese aguardando mi paso. Eso me dispongo a hacer, continuar mi paso, pero algo hace que me mantenga inmóvil. Siento lo que se aproxima muy rápido por detrás, lo que me alcanza, lo que me roza el hombro y me sobrepasa a una velocidad de vértigo. Pero no veo nada. Solamente lo siento. Siento que me quedo rezagado de algo que me adelanta, como cuando a uno lo deja atrás el viento que le da en la espalda. Pero esta vez

no ha sido el viento, no, porque no sopla la menor brisa ni se mueve una sola hoja en los árboles que tengo a la vista y por eso precisamente es por lo que he ido a pasar la tarde en el río. Hubiese sido inútil ir al río un día de verano como este si soplase el viento; al menos, hubiese sido inútil ir con caña y saltamontes, porque tanto a la primera como a los segundos los habría llevado en vano.

No tardo mucho tiempo en comenzar a sentirme inquieto. No es una inquietud angustiosa. Tampoco expectante o de júbilo. Se trata simplemente del convencimiento de que algo incognoscible ha pasado: tengo la certidumbre meridiana de que ese algo me ha dejado rezagado y solo en medio del camino. Sin saber por qué, comienzo a apurar el paso. Subo una empinada cuesta alentando de manera casi desesperada y cuando llego a lo alto comienzo a andar todavía más deprisa. Casi voy corriendo. Al pasar frente a la casa del lugar de Porto, *Churchill* sale a ladrarme y a gruñirme rabiosamente, como siempre, pero en esta ocasión ya no le hago el menor caso, sino que sigo mi carrera. Cada vez me siento más desesperado. No sé por qué, pero imagino que aquello que me ha sobrepasado en medio del camino iba en dirección a la casa de mis tías. Comienzo a fatigarme, con lo que apoyo mis embotados pies con menor cuidado, y en una de estas, no sé como, la parte trasera de la

caña se me cuela entre las dos piernas y me hace caer de bruces sobre el camino. Me incorporo enseguida y me quedo sentado sobre la arcilla blanca. Maldigo a la causante de mi traspies y la trasteo contra el borde del camino, aunque soy consciente de que estoy haciendo algo inútil y estúpido. Me froto el despellejado antebrazo, por donde asoma el escozor rojo de la sangre. Permanezco sentado todavía un rato más, limpiando mis heridas del polvo. Miro la pobre caña inocente y luego las truchas esparcidas por el suelo, enharinadas en el polvo arcilloso. Al final, recojo todo y retomo el camino con más calma. Ahora paso por una curva cerrada que cruza un pequeño bosque de robles y me encuentro de golpe con un señor que no reconozco. Va tocado con un panamá de color crema y viste ropajes holgados de tono similar. No me parece de la parroquia. Al menos, yo nunca lo he visto. Quizás acabe de retornar del Brasil o de Argentina o de Méjico, me digo, y es por eso que nunca lo he visto. Se dirige a mí con un saludo abierto y campechano. Alaba mi pesca. “Picaban, a lo que parece”, eso dice. “Sí”, respondo. Entonces va tomando en su mano cada una de las truchas y me dice: “Mira, esta con tantas pintas anaranjadas es del *Muíño de Damas*; y esta negruzca es del *Pozo da Moura*; y esta con media aleta blanca es de *A Ponte de Covas*; y esta con la

dorsal negra la sacaste en el tramo del *Castro*; y esta de color beige es del *Pozo dos Pereiros*", con lo que yo me quedo con la boca abierta y con los ojos como platos, porque el hombre no ha errado ni en una. "¿Y tú, de quién vienes siendo?", me pregunta el hombre en cuanto acaba de decir de donde venían siendo cada una de las truchas que yo he pescado. "Soy sobrino de las Mendoza", respondo. "Ah, entonces eres hijo de Cortizo", afirma, a lo que yo vuelvo a responder afirmativamente. "¿Y usted, señor, de quien viene siendo?", digo yo a mi vez, haciendo uso inocente de su manera de preguntar, tras lo que el supuesto retornado suelta una carcajada bien sonora. "Yo te vengo siendo de aquella casa", me dice entre risas, mientras señala con el dedo índice una edificación en la ladera del monte, a un escaso kilómetro de distancia, lo cual me pareció tremendamente extraño, porque aquella casa estaba bastante arruinada y parecía deshabitada. "Tú no me conocerás", continúa el hombre, "pero quizás hayas oído hablar de mí. Soy Nicanor, Nicanor da Costa. ¿Sabes? A Costa es como llaman al lugar en el que está mi casa". "Luego, usted es el del lobo. He oído que se le quedó el pelo blanco, como lo tiene ahora, blanco del susto". "Sí, fue aquí, aquí mismo se me cruzó. Por eso le llaman a este lugar *Paso do Lobo*, lo sabrás, te lo habrán contado tus tías". "No, señor, mis tías

nunca me han dicho nada. En realidad, no me cuentan casi nada. Todo lo que sé de usted lo he oído en la taberna al pobre de la parroquia, un tal Nemesio da Costa, que se pasa las tardes liando pitillos alrededor de las partidas de subastado: casi siempre interviene al final de cada mano para decir a los jugadores algo relativo a petar la copa o la espada, o al maldito rey pillado en tercera, o a que si alguien debía o no debía haber arrastrado, o a si otro alguien debía o no debía haberse achicado con un as, pero cuando no hay palo que petar, ni rey en tercera, ni triunfo con el que arrastrar ni motivo por el que achicarse, entonces me habla de usted". "¿Y qué dice?". "Dice que iba con un saco de grano a cuestras al *Muíño de Damas* cuando el lobo se le cruzó en este paso, y que llegado al molino no pudo convertir su saco de grano en otro de harina porque enseguida se precipitó en el pozo, donde se ahogó, y que de allí debió de ir usted pasando por todo el río hasta *Os Pereiros*, donde quedó varado, y que lo sacaron de allí a la mañana siguiente con el pelo blanco como lo tiene ahora y con la piel beige y con esos lunares anaranjados, como también tiene ahora". "Ya veo, mi hermano continúa con su cuento y me ignora. Hasta ignora que acabo de retornar del Brasil. Está bien, continúa tu camino. Tus tías deben de estar esperándote ya con la tina de agua para los pies. Ya sabes cómo son las

Mendoza, corren más que el ansia, siempre son las primeras y están siempre antes de la hora donde quiera que sea, así que zurra, no las hagas esperar más". Y retomo mi camino, mucho más sosegado ya, y más contento también de que el tal Nicanor se hallase de regreso: al fin y al cabo, era uno más con el que contar en aquella parroquia tan despoblada.

Me queda un pequeño trecho para alcanzar el lugar donde se levanta la casa de mis tías, que en tiempos ha sido una de las más ricas de toda la parroquia. Eso les he oído a ellas repetidísimas veces: que eran siete los carros de hierba que segaban en verano para que los forrajes cundiesen para el invierno, que era necesario un hórreo de ocho pies para albergar todo su grano, que en sus cuadras entraban siete vacas, que en sus pocilgas hociaban tres marranos, que un pozo propio les daba el agua, que un atestado gallinero les proporcionaba huevos y algo de carne blanca para los domingos, que una montaña de patatas combaba las tablas del altillo, que un huerto se extendía frente a la casa con toda clase de verduras y hortalizas. Todo ha ido yendo a menos con el paso del tiempo, y ahora ya nada queda más que la casa y el huerto y las dos mujeres, que la habitan sin privaciones grandes, eso es cierto, aunque solo por no tener grandes necesidades.

Al fin, abro la verja e ingreso en el circundado, donde *Verdún* me recibe lleno de entusiasmo y alborozo. Me planto ante la puerta de la casa, levanto la llave y entro; sí, entro, aunque, en realidad, no estoy entrando, sino que me estoy viendo entrar, o son mis tías las que me están viendo entrar. No sé. No es la primera vez que me sucede lo mismo: miro lo que hago desde un punto situado fuera de mí mismo. No digo nada, no pregunto nada, no anuncio tampoco nada más que lo relativo a mi pesca. No omito nada a conciencia, sino que lo omito porque lo he olvidado todo por completo y de repente. Sé que lo he olvidado aunque no sé qué es lo que he olvidado, como cuando a uno se le va un sueño de la memoria nada más despertarse por mucho que haga esfuerzos por recordarlo, aunque en esta ocasión yo ni me acababa de despertar ni hacía esfuerzo alguno por recordar algo que había olvidado por completo nada más pisar el zaguán de la casa. Mis tías me reciben en la cocina casi como el *Verdún* en el circundado, aunque no llegan al extremo de ponerme sus patas delanteras sobre los hombros. Se alegran de mi fortuna pescadora y yo me alegro todavía más de su alegría. Entrego las truchas a una de ellas y me aproximo al fregadero de piedra, donde se dispone a limpiarlas: “Mira”, le digo, “esta con tantas pintas anaranjadas es del *Muíño de*

Damas; y esta negruzca es del *Pozo da Moura*; y esta con media aleta blanca es de *A Ponte de Covas*; y esta con la dorsal negra la he sacado en el tramo del *Castro*, y esta de color beige es del *Pozo de Os Pereiros*"; lo digo todo como si fuera de mi propia ocurrencia y lo cierto es que entonces todo lo que digo me parece de mi propia ocurrencia. "Cada tramo y cada corriente y cada pozo es distinto", continúo, "y así de distintas son también las truchas: unos pozos son de agua somera, otros son profundos; unos son más arenosos, otros más terrosos; unos de una sola roca entera, otros de unas cuantas piedras enormes; unos de pesados cantos, otros de diminutos guijarros, y cada diminuto guijarro tiene su propio color y su propia forma". Luego atiendo la llamada de mi otra tía y me siento en el banco sin respaldo que corre pegado a la pared encalada para lavar mis pies en el agua tibia de la tina. Por fin, nos sentamos los tres a la mesa para la cena, que transcurre en mayor silencio de lo habitual. Mis tías cruzan algunas palabras entre ellas, la mayoría acerca de asuntos sin interés para mí o quizás se deba mi desinterés a que esos asuntos me resultan ininteligibles. Mientras tanto, yo las observo a hurtadillas. "No vayan a sospechar algo", pienso, aunque no acierto a saber qué puede ser eso que pueden sospechar.

En realidad, no he sabido nada durante mucho tiempo, todo el que pasó antes de que pudiese recordar que no hay Nicanor da Costa ni nunca lo hubo, ni hay casa en un lugar llamado A Costa porque ni siquiera hay un lugar con ese nombre, ni es verdad que me contase nada un Nemesio da Costa, que tampoco existe. Pero ahora recuerdo que así fue cómo pasó o, mejor dicho, que eso fue lo que pasó. Todo lo olvidé de repente al hacer mi ingreso en la casa de mis tías y ahora ha acudido fulgurante y nítido a mi memoria como si un nudo maestro hubiese atado dos lazos sueltos de mi memoria: nudo maestro que ni corre ni azoca, as de ases que ni se zafa ni aprieta. No acierto a descubrir qué es lo que pudo haber hecho el oficio de nudo: sin duda algo efímero, un aire, un olor, un brillo, las botas de goma que llevo puestas, mi caja de saltamontes, la luna en cuarto menguante, el perro *Churchill* que me ha ladrado y gruñido igual que el *Churchill* primero, las propias truchas de los propios pozos, o la entrada en casa de mis tías sin mis tías ya en ella, o algo que me ha dejado atrás mientras venía, una vuelta del aire sin viento, no sé. Creo que existe o ha existido o existirá un Nicanor da Costa, sin duda, aunque no haya el nombre de la persona, ni el nombre del lugar, ni menos aún nombre de casa que se levante en un lugar sin nombre para dar habitación a un hombre sin

nombre. Creo que todos existen, aunque ninguno de ellos tenga nombre. Desde entonces he sabido sin saber por qué lo sabía que las truchas del *Pozo dos Pereiros* son de una tonalidad beige, sin muchos lunares de colores vivos y con la barriga también beige, sin duda debido al fondo somero y arenoso del largo pozo; que las del *Pozo de Moura* son negras y moras no por el nombre sino por la gran profundidad del agua; que el *Muíño de Damas* da las más bellas truchas, que tienen vivas pintas anaranjadas, como las piedras tienen allí un color ferruginoso; y la *Ponte de Covas* da truchas con media aleta blanca y eso sí que no se por qué: todas las truchas que viven bajo un puente presentan alguna rareza inexplicable; y que en todo el tramo del *Castro* las truchas lucen grandes pintas negras como lunares entreverados de otros de rojo fuego. Quizás he deducido yo todos estos conocimientos tras muchos años de pesca en el mismo río o quizás me los haya comunicado Nicanor da Costa. De una u otra manera, he recuperado la memoria de algo que pudo haber quedado olvidado para siempre, como queda todo siempre olvidado para las truchas, que no tienen memoria.